

más de cien años, el sol tan sólo había reinado allí libremente, como señor, uniendo su esplendor a cada rama. El jardín entonces, a nadie conocía sino a él. Veíale llegar todas las mañanas, lanzar por encima de la pared de cerca sus oblicuos rayos, asentarse a plomo al medio día sobre la desfallecida tierra, y alejarse por la tarde, por el extremo opuesto, con un beso de despedida rasando los follajes. Con todo, el jardín no se había avergonzado al acoger a Albina y a Sergio, como por tanto tiempo había acogido al sol, como buenos muchachos, con los cuales nadie se aburre. Los animales, los árboles, las aguas, las piedras, permanecían revistiendo una seductora extravagancia, hablando a voz en cuello, viviendo en completa desnudez, sin el menor secreto, ostentando el inocente descaro, la bella ternura de los primeros días del mundo. Aquel rincón de la naturaleza se reía discretamente de los temores de Albina y de Sergio, presentábase más cariñoso, desarrollaba bajo sus plantas sus más blandos lechos de césped, aproximando los arbustos para proporcionarles angostos senderos. Si todavía no les había lanzado en brazos el uno del otro, era porque se complacía en pasear sus deseos, en regocijarse con sus torpes besos, repercutiendo bajo las umbrias como gritos de pájaros enfurecidos. Pero ellos, sufriendo en presencia de la gran voluptuosidad que les rodeaba, maldecían el jardín. La tarde en que Albina tanto había llorado, a consecuencia de su paseo en los peñascos, había gritado al Paradou, al sentirle tan vivo y tan ardiente en torno suyo:

—Si tú eres nuestro amigo ¿por qué nos desconsuelas por tal modo?

## XIV

Desde el siguiente día, Sergio se atrincheró en su cuarto. El olor del jardín le exasperaba. Corrió las cortinas de indiana para no ver más el parque, para impedirle que penetrara hasta allí. Quizás encontraría la paz de la infancia, lejos de aquellas enramadas, cuya sombra era como un roce en su piel. Después, en sus largas horas de conversación, Albina y él no volvieron a hablar de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou ya no existía; trataban de olvidarlo. Y a pesar de todo, lo sentían allí, omnipotente, enorme, tras las delgadas cortinas; fragancias de hierba penetraban por las hendiduras de las maderas; prolongadas voces hacían retemblar los vidrios; toda la vida del exterior se reía, cuchicheaba, emboscada bajo las ventanas. Entonces palideciendo, levantaban la voz y buscaban alguna distracción que les permitiese no oír.

—¿No has visto?—dijo Sergio una mañana, en uno de aquellos instantes de turbación;—hay allí, encima de la puerta, una mujer pintada que se te parece.

Y se reía ruidosamente. Y volvieron a examinar las pinturas; arrastraron de nuevo la mesa a lo largo de las paredes, tratando de ocuparse en algo.

—¡Oh! no—murmuró Albina,— es mucho más gruesa que yo. A más, no se puede saber; ¡tan extrañamente está tendida, con la cabeza para abajo!

Se callaron.. De la descolorida pintura, corroída por el tiempo, se percibía una escena en que no habían reparado aún. Era como una resurrección de carnes tiernas resaltando del color gris de la pared, una imagen rediviva, cuyos detalles parecían ofrecerse uno a uno, en el calor del estío. La mujer tendida, se revolvía entre los brazos de un fauno con pies de macho cabrío. Distinguíanse con claridad los brazos echados atrás, el torso abandonado, el redondo talle de aquella robusta joven desnuda, sorprendida sobre haces de flores, segadas por Amorcillos, quienes, con la hoz en la mano, agregaban sin cesar al lecho nuevos puñados de rosas. Percibíase asimismo el esfuerzo del fauno, y su pecho jadeante que se abatía. Después en el otro extremo, no se veían más que los pies de la mujer, echados al aire y como volando cual dos sonrosadas palomas.

—No—repitió Albina,—no se me parece... Es fea.

Sergio nada dijo. Miraba a la mujer, miraba a Albina, como queriendo comparar. La joven remangó una de sus mangas hasta el hombro, para demostrar que tenía el brazo más blanco. Y se callaron por segunda vez, volviendo a la pintura y teniendo en los labios preguntas que no se querían hacer. Los grandes ojos azules de Albina se posaron un instante en los ojos grises de Sergio, en los que resplandecía una llama.

—¿Acaso has vuelto a pintar toda la habitación?—exclamó saltando de la mesa.—Diríase que toda aquella gente se despierta.

Echáronse a reír, pero con risa inquieta, con miradas lanzadas a los Amorcillos que pilleaban y a las grandes desnudeces que ostentaban cuerpos casi enteros. Quisieron volerlo a ver todo, por

fanfarronería, admirándose de cada cuadro y llamándose para señalarse miembros de personajes que, con seguridad, no se encontraban allí el mes anterior. Eran flexibles torsos inclinados sobre nerviosos brazos, piernas que se dibujaban hasta las caderas, mujeres que aparecían entre los abrazos de hombres, cuyas manos extendidas no estrechaban ya más que el vacío. Los Amorcillos de yeso de la alcoba parecían también tumbarse con una desvergüenza más libre aún. Y Albina no hablaba ya de muchachos que jugaban y Sergio no aventuraba hipótesis en alta voz. Poníanse serios y se detenían más de la cuenta ante las escenas, deseando que la pintura recobrase de repente todo su esplendor, languidecientes y turbados todavía ante aquellos últimos velos que ocultaban las cruces de los cuadros. Aquellos aparecidos de la voluptuosidad acababan de enseñarles la ciencia de amar.

Pero Albina se espantó y huyó del lado de Sergio, cuyo aliento, cada vez más cálido, sentía sobre su cuello. Y fué a sentarse a un extremo del canapé, diciendo en voz queda:

—Sea como sea, me causan miedo. Los hombres parecen bandidos, y las mujeres presentan los moribundos ojos de las personas a quienes se mata.

Sergio fué a sentarse a algunos pasos de ella, en un sillón, y púsose a hablar de otra cosa. Ambos se sentían muy fatigados, como si hubiesen hecho larga caminata. Y sentían un malestar, al creer que las pinturas ponían en ellos los ojos. Los racimos de Amorcillos legaban hasta fuera del artesonado, con alboroto de amorosas carnes, una desbandada de pilletes descarados, lanzándoles sus flores y amenazándoles con atarles juntos, con ayuda de guirnaldas azules, con las que estrechamente encadenaban a dos amantes, en un rincón del techo. Las parejas se animaban, desarrollando

la historia de aquella gran mujer desnuda amada por un fauno, que podían reconstruir, desde el acecho del fauno tras una enramada de rosas, hasta el abandono de la joven en medio de las deshojadas flores. Por ventura iban todos a bajar? ¿No eran ellos los que suspiraban y cuyo aliento henchía la habitación con el olor de una antigua voluptuosidad?

—Se ahoga uno aquí ¿no te parece?—dijo Albina.—Por más que he querido ventilar la habitación, ésta siempre huele a viejo.

—La otra noche—contó Sergio,—me sentí despertado por un olor tan fuerte, que te llamé, en la creencia de que acababas de entrar en la habitación. Habríasele tenido por la tibieza de tus cabellos, cuando en ellos te pones tallos de heliotropo... Los primeros días aquello llegaba de lejos como el recuerdo de un olor. Pero ahora no me es posible dormir, el olor toma incremento hasta el punto de sentirme sofocado. La noche sobre todo, la alcoba resulta tan bochornosa, que acabaré por acostarme en el canapé.

Albina se llevó un dedo a los labios murmurando.

—Es la muerta, ya sabes, aquella que vivió aquí.

Y se dirigieron a olfatear la alcoba, como bromeando, aunque muy serios en el fondo. Con seguridad la alcoba no había exhalado jamás un aroma que turbase tanto los sentidos. Las paredes parecían aun estremecidas con el rozamiento de almizelado ropaje. El pavimento había conservado la embalsamada dulzura de un par de chinelas de raso caídas delante del lecho. Y, sobre el mismo lecho, contra la madera del travesero, Sergio pretendía encontrar la huella de una manita, que había dejado allí su persistente perfume de violeta. De todos los muebles se alzaba en aquella hora el fragante fantasma de la muerta.

—Mira, he aquí el sillón en donde ella debía de

sentarse—exclamó Albina.—Se adivinan sus hombros en el respaldo.

Y ella se sentó a su vez y dijo a Sergio que se arrodillase para besarle la mano.

—¿Te acuerdas de aquel día en que te recibí, diciéndote: “Buenos días, mi querido señor...” Mas aquello no era todo, ¿verdad que no? El le besó las manos, cuando hubieron cerrado la puerta... Hélas aquí mis manos, tuyas son.

Entonces intentaron dar de nuevo principio a sus antiguos juegos, para ahuyentar de la memoria el Paradou, cuyas crecientes risas oían, para no volver a ver las pinturas, para no volverse a echar en brazos de las languideces de la alcoba. Albina hacía graciosas muecas, se echaba para atrás y se reía de la cara de bobo que Sergio ponía a sus pies.

—Gran zopenco, cógeme por la cintura, dime cosas amables, ya que te tienes por mi amante... ¿Acaso no sabes quererme?

Pero en cuanto la tenía en sus brazos y la levantaba con toda su fuerza, ella forcejeaba y huía de él, enfadada a más no poder.

—No, déjame, ¡no lo quiero!... Se muere en esta habitación.

Desde aquel día cobraron miedo a la alcoba, de igual manera que se lo tenían al jardín. Su último asilo convertíase en un lugar temible, en donde no podían hallarse juntos, sin vigilarse con furtiva mirada. Albina casi no entraba allí ya; quedábase sobre el umbral, con la puerta de par en par a su espalda, como para proporcionarse una inmediata fuga. Sergio vivía solo, en ansiedad dolorosa, ahogándose más y más, tendiéndose en el canapé y tratando de huir de los suspiros del parque, de los olores de los viejos muebles. Por la noche las desnudeces de las pinturas le producían locos ensueños, de los cuales, al despertar tan sólo conservaba una inquietud nerviosa. Túvose otra vez por enfermo; su salud sentía una postrera ne-

cesidad para restablecerse por completo, la necesidad de una plenitud suprema, de una entera satisfacción que no sabía a dónde ir a buscar. Entonces pasó los días silencioso, con los ojos doloridos, no despertándose con un ligero estremecimiento sino en las horas en que Albina le venía a ver. Permanecían en presencia uno del otro, mirándose con gravedad, pronunciando tan raras como dulcísimas palabras, que les affligían. Los ojos de Albina ofrecíanse aun más lacerados que los de Sergio y parecían implorar.

Después, al cabo de una semana, Albina no permaneció allí más que algunos minutos. Parecía huir de él. Llegaba, muy preocupada, manteniéndose en pie, como teniendo prisa de alejarse. Cuando Sergio la interrogaba, echándole en cara el no ser ya su amiga, volvía la cabeza, para no tener que contestar. Nunca quería enterarle del modo como empleaba las mañanas que pasaba lejos de él. Movía a un lado y a otro la cabeza, como contrariada y hablaba de su pereza. Si la instaba más aún, se retiraba de un salto y le dirigía por la noche un simple adiós a través de la puerta. Bien conocía él, sin embargo, que la desventurada debía de llorar con frecuencia. Observaba en su rostro las fases de una esperanza siempre engañadora, la constante rebeldía de un deseo encarnizado en satisfacerse. Cierta día aparecía con tristeza mortal, con el rostro descorazonado, con el andar lento que parecía titubear al intentar por más tiempo la alegría de vivir. Otros días aparecía con contenidas risas, con el rostro radiante con un pensamiento de triunfo, del que no quería hablar aún, con los pies inquietos, sin poder detenerse en un sitio y teniendo prisa de echar a correr, a una última certidumbre. Y al día siguiente, volvía a sus desolaciones, para ponerse a esperar el otro día. Pero lo que pronto se le hizo imposible ocultar, fué una inmensa fatiga, una laxitud que le destrozaba los miembros. Hasta en los instantes de confianza, se

doblegaba y se deslizaba al sueño, con los ojos abiertos.

Sergio había cesado de hacerle preguntas, comprendiendo que no quería contestar. Ahora, tan luego como entraba, mirábala con ansiedad, temiendo que llegaría una noche en que no tendría ya fuerzas para llegar hasta él. ¿En dónde podría fatigarse por tal modo? ¿Qué lucha de cada hora hacía tan desolada y tan feliz? Una mañana, un ligero andar que oyó bajo sus ventanas, le hizo estremecerse. No podía ser ningún cervatillo que se aventurase así. Demasiado conocía aquel rítmico paso, del que ni las hierbas tenían que sufrir. Albina corría sin él por el Paradou. Del Paradou era de donde le traía desfallecimientos, esperanzas, todo aquel combate, toda aquella falta de vigor de que se sentía morir. Sergio recelaba lo que podría ir a buscar sola, en el fondo de los follajes, sin pronunciar una palabra, con la testarudez muda de mujer que ha jurado encontrar. Desde entonces escuchó sus pasos; no osaba descender la cortina, seguirla a lo lejos al través del ramaje; mas experimentaba una singular emoción, casi dolorosa, por saber si iba a la derecha o a la izquierda, si se internaba en el jardín y hasta a dónde llevaba sus correrías. En medio de la bulliciosa vida del parque, de la rumorosa voz de los árboles, del murmullo de las aguas, de la continua canción de los seres vivientes, distinguía el ruido de sus botinas, con tanta claridad, que habría podido decir si andaba sobre las arenas de los ríos o por la desmenuzada tierra del bosque, o sobre las losas de los desnudos peñascos. Hasta llegó a conocer, a su regreso, las alegrías o las tristezas de Albina en el nervioso chocar de sus talones. En cuanto subía la escalera, se retiraba de la ventana y no le confesaba que la había acompañado por todas partes. Pero ella debía de haber adivinado su complicidad, ya que en adelante le refería sus pesquisas, con sólo una mirada.

—Quédate, no salgas más—le dijo un día con manos suplicantes, un día en que la veía perdido casi el aliento desde el día anterior.—Me desesperas.

Y huyó de allí enfurecida. Sergio empezaba a sufrir más y más en presencia de aquel jardín, tan sonoro por los pasos de Albina. El rumor de las botinas era una voz más que le llamaba, una voz dominante, cuya resonancia crecía en su interior. Tapóse los oídos, no queriendo oír más, y el paso a lo lejos, conservaba un eco, en el palpitante de su corazón. Después, a la noche, cuando volvía, todo el parque era quien entraba en pos de ella, con los recuerdos de sus pasos, con el lento despertar de sus caricias, en medio de la cómplice naturaleza. Parecíale más crecida, más grave, como madurada por sus correrías solitarias. Nada quedaba en ella de la niña juguetona por tal manera que a veces, al mirarla, daba diente con diente, al contemplarla tan deseable.

Un día, allá a las doce, Sergio oyó a Albina, volver a escape. Habíase prohibido el escucharla así que hubo partido. Por regla general, no volvía sino muy tarde; y quedó sorprendido al oír los saltos que debía de dar, corriendo en derecha y destrozando las ramas que atajaban las sendas. Abajo, al pie de las ventanas, se reía. Así que se halló en la escalera, jadeaba con tanta fuerza, que le pareció sentir el calor de su aliento sobre su rostro. Y abrió la puerta de par en par, gritando:

—¡Ya lo he encontrado!

Habíase sentado y repetía dulcemente con sofo cada voz:

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!

Pero Sergio le llevó la mano a los labios, desatinado, balbuciente:

—Te lo suplico, nada me digas. No quiero saber nada. Si llegases a hablar, me matarías.

Entonces Albina se calló, con la mirada ardiente y apretando los labios, para que las palabras no

brotasen a su pesar. Y permaneció en la estancia hasta la noche, buscando la mirada de Sergio, confiándole un tanto de lo que sabía, cuando conseguía dar con ella. Su rostro aparecía como iluminado. Era tan seductor el perfume que de ella se desprendía, ofreciéndose tan exuberante de vida, que la respiraba, que entraba en él tanto por el oído como por la vista. Todos sus sentidos la absorbían. Y se defendía desesperadamente contra aquella lenta posesión de su ser.

Al día siguiente, cuando bajó, se instaló también en la habitación de Sergio.

—¿No sales?—le preguntó, sintiéndose vencido si se quedaba allí.

Albina contestó que no y que no volvería a salir. A medida que se abandonaba, sentíala más fuerte, más triunfante. Pronto podría cogerle por el dedo meñique y llevarle a aquel lecho de hierba, cuya dulzura su silencio refería tan en alta voz. El día aquel no llegó a hablar todavía, se satisfizo con atraerle a sus pies, sentado sobre un almohadón. Tan sólo el día siguiente se aventuró a decir.

—¿Por qué vives aquí encerrado? ¡Se está tan bien bajo los árboles!

Sergio se levantó, tendiendo los brazos, suplicante. Pero ella se reía.

—No, no iremos ya que tú no quieres... Esta estancia es la que exhala un olor particular. Mejor estaríamos en el jardín, más a nuestra entera libertad, más resguardados.

Sergio había vuelto a echarse a sus pies, sin decir una palabra, con los párpados caídos, con estremecimientos que le pasaban por el rostro.

—No iremos—repuso la joven,—no te incomodes. Pero ¿es que no prefieres las hierbas del parque a todas estas pinturas? Tú bien que te acuerdas de cuanto hemos visto juntos... Estas pinturas son las que nos entristecen. Son muy molestas, siempre mirándonos.

Y como Sergio se dejase ir poco a poco del lado

de ella, Albina le pasó un brazo por el cuello, echóle la cabeza sobre sus rodillas y murmuró en voz más queda.

—Así es como se estaría bien en un rinconcito que yo conozco. Nada allí nos inquietaría. El aire libre cura la calentura.

Se calló, conociendo que se estremecía; temía que una palabra demasiado viva le volviese a sus terrores. Lentamente, le iba conquistando con sólo pasear por su rostro la celeste caricia de su mirada. Había alzado los párpados, y reposaba del todo entregado a ella, sin estremecimientos nerviosos.

—¡Ah! ¡Si supieses!—susurró dulcemente a sus oídos.

Cobró ánimos, al ver que Sergio no cesaba de sonreír.

—Es una mentira; no hay tal prohibición—continuó.—¡Tú eres hombre y no debes tener miedo! Si fuésemos allí y algún peligro me amenazase, me defenderías, ¿no es así? Sabrías muy bien llevarme a cuestras. Pero cuando estoy a tu lado, me siento muy tranquila... Mira qué brazos más fuertes tienes. ¿Por ventura, puede temerse algo, cuando se cuenta con brazos tan fuertes como los tuyos?

Y con una mano le acariciaba los cabellos, el cuello, los hombros.

—No, no está prohibido—continuó.—Es historia muy a propósito para los animales. Los que la esparcieron, en tiempos pasados, tuvieron interés en que no se les molestase en el paraje más delicioso del jardín... Vive seguro de que, en cuanto te halles sentado en aquella alfombra de hierba, te sentirás completamente feliz. Y tan sólo entonces lo conoceremos todo, seremos los verdaderos amos... Escucha, vente conmigo.

Se negó con la cabeza, pero sin cólera, como aquel a quien semejante juego divertía. Después, al cabo de un instante de silencio, entristecido por verla enfurruñada y deseando que continuase aca-

riciándole, desplegó por último los labios y preguntó:

—¿En dónde está eso?

No contestó en seguida. Parecía mirar en lontananza.

—Está allá lejos—murmuró.—No te lo puedo indicar. Hay que seguir por la gran avenida, luego se vuelve a la izquierda, y luego a la izquierda también. Hemos debido de pasar veinte veces a su vera... Ya podrías buscar, que no darías con ello, si yo no te llevase cogido de la mano. Yo iría en derechura, aun cuando me sea imposible enseñarte el camino.

—¿Y quién te ha llevado?

—No lo sé... Esta mañana las plantas parecían dispuestas a llevarme del lado aquel. Las ramas largas me azotaban por detrás, las hierbas disponían pendientes, y las sendas se descubrían por sí mismas. Tengo para mí que los animales tomaban parte también, pues he visto un ciervo que galopaba delante de mí, como para invitarme a seguirle, mientras que una bandada de aves me advertía con su fuerte piar, que me inclinaba a tomar un camino equivocado.

—¿Y tan hermoso es?

De nuevo dejó de contestar. Un profundo éxtasis anegaba sus ojos. Y cuando pudo hablar.

—Tan hermoso, como no lo sabría explicar. Sentíame penetrada de tal encanto, que tan sólo pude darme cuenta de una alegría sin nombre, que se desprendía de las enramadas y que dormía sobre las hierbas. Y volví a todo correr, para llevarte conmigo, para no disfrutar sin ti la dicha de sentarme bajo aquella sombra.

Volvió a cogerle el cuello entre los brazos, para suplicarle ardientemente, muy cerquita, con los labios casi junto a sus labios.

—¡Oh, vendrás!—balbuceó.—Piensa en que viviría desolada, si no vinieses... Es un anhelo el que tengo, una lejana necesidad, que ha crecido de

día en día y que ahora me hace padecer. Tú no puedes querer que yo padezca... Y aun cuando debieses morir, aunque esta sombra hubiese de matarnos a los dos ¿llegarías a vacilar? ¿Sentirías la menor pena? Quedaríamos acostados juntos, al pie del árbol; dormiríamos para siempre, el uno junto al otro. Sería de lo más hermoso, ¿no te parece así?

—Sí, sí—tartamudeó Sergio, vencido por la locura de aquella pasión tan vibrante de deseo..

—Pero no moriremos—continuó Albina, alzando la voz y con risa de mujer victoriosa;—viviremos para amarnos... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Verás, todo nos resultará a pedir de boca. Podrás cogerme, así como lo soñabas, tan estrechamente, que ni un pedacito de mi cuerpo quede fuera de ti. Para entonces me imagino algo de celestial que bajará hasta nosotros... ¿Lo quieres?

Sergio palidecía y agitaba los párpados, como si una claridad excesiva le molestase.

—¿Lo quieres? ¿Lo quieres?—repetía, más ardiente, incorporada casi.

Sergio se puso en pie y la siguió, vacilante al principio, y adherido después a su cintura, sin poder separarse de ella. Iba a donde ella iba, arrastrado en el cálido y corriente aire de su cabellera. Y como él fuese un poco detrás, ella medio se volvía; su rostro resplandecía de amor, su boca y sus ojos eran una tentación que le llamaban, con tal imperio, que habría sido acompañado por do quiera, como un perro fiel.

## XV

Bajaron y anduvieron por en medio del jardín, sin que Sergio dejara de sonreír. No distinguía las enramadas sino en los claros espejos de los ojos de Albina. El jardín, al verles, había demostrado como una prolongada risa, un murmullo de satisfacción volando de hoja en hoja hasta el extremo de las avenidas más profundas. Hacía días que debía de esperarles, cogidos por tal modo de la cintura, reconciliados con los árboles, buscando sobre los lechos de hierba su amor perdido. Un "¡silencio!" solemne corrió bajo las ramas. El cielo de las dos de la tarde ofrecía un amodorramiento de brasero. Había plantas que erguían sus tallos para mirarles pasar.

—¿Las oyes?—preguntaba Albina a media voz.  
—Se callan cuando nos acercamos. Mas, allá lejos nos esperan y se confían una a otra el camino que nos deben de indicar... Ya te dije que no habíamos de inquietarnos por los senderos. Los árboles son los que me señalan la ruta, con sus extendidas ramas.

En efecto, el parque entero parecía impelerles con dulzura. A sus espaldas se erizaba una barrera de matorrales como para impedirles volver atrás; mientras que delante de ellos la alfombra de céspedes se desarrollaba, con tanta quietud, que ni si-